

quiere para ocupar la silla presidencial más que hombres de charreteras. Es el ejército quien manda y quien dispone de todo. Hablemos desde luego de los oficiales : cuando un joven de los que se llaman decentes, es decir de buena familia, es demasiado tonto ó demasiado perezoso para estudiar y hacerse licenciado, para no ocuparse en la agricultura, el comercio ó la industria, lo que le proporcionaría una existencia honorable, apela al recurso de hacerse fraile ó soldado. Es necesario que opte entre el uniforme ó el hábito. Si se decide por el uniforme, su familia remueve cielo y tierra para conseguirle el grado de subteniente, lo que no cuesta trabajo obtener, porque basta que el solicitante sepa mal leer y escribir para que satisfaga los conocimientos que la profesión exige. Una vez el joven oficial lanzado en los primeros grados, está seguro de hacer carrera, revolucionando, vendiendo su noble espada alternativamente á todos los partidos políticos; de este modo llegará sin duda á general ó á Presidente de la República. Así es como casi todos los oficiales del Ejército mexicano han entrado en la carrera. Como no hay en México ninguna especie de escuelas militares, no se exige á los oficiales instrucción, ni conocimiento del arte, ni aptitud para el oficio; basta que sepan decir á los soldados : armas al hombro, descansen..... arm., march. El mejor general mexicano no sirve para buen

teniente en Europa y en campaña sería batido por cualesquiera de nuestros sargentos (1). »

\*  
\* \*

Yoakum que es el historiador americano que mejores documentos presenta; apoyándose en la exposición del pueblo de Goliad, Texas, dirigida al gobierno general en cuatro de Agosto de 1835, dice refiriéndose al militarismo en Texas : « El coronel Nicolás Condelle comenzó sus funciones en Goliad, Texas, poniendo al alcalde en la cárcel y exigiéndole, pistola en mano, cinco mil pesos á que llegaban los fondos municipales, amenazándolo de matarlo ó de enviarlo á pie á Béjar, en calidad de prisionero, si no los entregaba en el plazo de diez horas. Despojó á las habitantes de sus armas cuando el departamento de Béjar era el más asolado por los bárbaros y consignó al servicio en sus filas á los ciudadanos más recomendables, y por último ordenó que cada familia sostuviese á cinco soldados (2) ».

Esta conducta tenía que acabar, poco á poco ó mucho á mucho, con el patriotismo de las poblaciones mexicanas como lo prueban las siguientes tristes palabras de Filisola :..... marchaban las

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1º de Marzo de 1836.

(2) Yoakum, *History of Texas*, tomo II, pág. 13.

fuerzas (mexicanas) sin contar con los recursos necesarios para subsistir porque el desafecto que les tenían los habitantes (de Coahuila y Tamaulipas) les debía ser tan pernicioso, cuanto que con sólo la ocultación de lo poco que debía haber en los pueblos y rancherías del tránsito, que conocían, bastaba para destruir aquellas fuerzas (1) ».

Santa Anna escribía al general Filisola que durante su marcha á Béjar procurase aprovecharse del patriotismo de las poblaciones para agregar gente al ejército que marchaba contra los texanos, lo mismo que para obtener caballos y víveres. El general Filisola respondió en su oportunidad : « En cuanto al acopio de gente, caballos, víveres etc., que V. S. me manda hacer en la repetida villa de Guerrero, creo muy difícil obtenerlos según los informes que se me han dado y muy particularmente por los del jefe político del mismo partido y del general Cos; pues según ellos, el único individuo que pudiera franquear hasta el número de doscientos caballos mansos, es Don Melchor Sánchez, hombre muy mezquino que no se presta á nada, y por lo que toca á los hombres, están animados de un egoísmo tal, que primero se irán todos al monte ó harán cosa peor, que tomar las armas (2) ».

(1) Filisola, *Guerra de Texas*, tomo I, pág. 389.

(2) Filisola, *obra citada*, tomo II, pág. 261.

El gobierno, como lo veremos después, excitó á la nación para la guerra contra los texanos y no obtuvo más que profunda indiferencia, no se presentaron voluntarios, los soldados eran todos cogidos de leva y marchaban contra su voluntad á defender un territorio que para su cultura no podía formar parte de su patria. El general Santa Anna dice en su manifiesto de Marzo de 1837, que pidió dinero al país para la guerra de Texas y que no pudo conseguir más que un préstamo muy oneroso de cuatrocientos mil pesos que le hicieron dos agiotistas españoles. El patriotismo que se manifestaba era vocinglero como ante la invasión de Barradas, un patriotismo de frases, de ardores gramaticales, de fuegos graneados oratorios, de sacrificios guturales que á lo más producían ligeras bronquitis. Para tomar medida de él, hay que leer la *Lima de Vulcano*, periódico influente de la capital, en su número de 24 de Mayo de 1836, después del desastre de San Jacinto, vacía en lumbre la cólera pública en los siguientes términos : «... ¿O quién, irritado de insano despecho, no exhala como lavas del Etna, las erupciones de patriotismo varonil?..... « Al horrisono grito de venganza y muerte convoca Marte á sus hijos bajo sus gloriosos pendones... venganza volvemos á reclamar. Corra un lago de sangre humeante que enturbie las aguas del Sabina. Duro será retrotraer las esce-

*nas de los siglos de los normandos y resucitar el alma de los atilas* (1). » Sabido es que no hubo venganza y lo que se enturbió fué nuestra historia para siempre.

\*  
\* \*

La razón de esta apatía nacional para aplastar á los texanos reconocía el mismo origen que la que se observó durante la invasión americana y que más tarde determinó el llamamiento de las armas francesas por una gran fracción social. La historia nos dice que los pueblos no capaces de sacudir los yugos, que los envilecen y los destrozan, no tienen entusiasmo para defender con su sangre y riquezas ese yugo, y ven con indiferencia la amenaza de uno nuevo y aun con la esperanza de que les resulte menos duro; si no es que ellos mismos, ó por lo menos un partido político, llaman al extranjero con la ambición de que los ampare y proteja. Esta es la gran consecuencia espantosa del militarismo, destruir el patriotismo por hacer de la patria un calabozo, un cadalso ó un manicomio.

Roma, tan poderosa cuando fué libre, cayó vergonzosamente á pedazos como todo lo podrido, en

(1) *Lima de Vulcano*, 24 de Mayo de 1836, de la Secretaría de Hacienda.

silencio, sin heroísmo, casi sin defensa y completamente sin honor. « El pueblo, fatigado del yugo imperial, no se defendía; los campesinos, aún impregnados de las viejas costumbres y de la antigua religión romana, los únicos cuyos brazos eran robustos y el alma capaz de dignidad, se regocijaban de ver entre ellos hombres libres (los bárbaros invasores) y dioses semejantes á los antiguos de Italia (1). »

Cuando el general Stilicón encargado de defender el territorio imperial apareció al pie de los Alpes y gritó: *Á las armas!* nadie acudió y un silencio de sepulcro heló su entusiasmo. Stilicón apeló á promover la libertad á los esclavos, á distribuir generosamente los dineros imperiales, á amenazar con castigos terribles, y sólo consiguió levantar cuarenta mil hombres en toda Italia, cuando Roma, en tiempos de su libertad, había levantado sólo ella, doscientos mil combatientes para luchar contra Aníbal. Las Galias, España, la Gran Bretaña, la Iliria cayeron sin defenderse ó se entregaron gimiendo como mujeres.

Cuando los bárbaros atacaron al Imperio Romano en Asia, los pueblos no sólo rehusan defenderse, sino que aclaman á los invasores. La Tracia se entrega hasta con voluptuosidad, como para una

(1) A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, pág. 206.

boda. Belisario, no obstante su patriotismo, su valor y sus virtudes no encuentra más que hombres que desean cambiar de yugo con la esperanza de mejorar. Italia llegó hasta á odiar á Belisario porque quería defenderla de los invasores y el admirable general derramó lágrimas sobre el suelo que se perdía porque ningún esclavo quería derramar sangre.

La Moesia fué ocupada sin resistencia como quien penetra á una fiesta á la que es calurosamente invitado. Los Persas avanzan á su tiempo y son bien recibidos. Por último, y como broche de oro á esa gran conquista, todas las tribus de Arabia se levantan arrebatadas por un nuevo huracán de fanatismo, empuñan virilmente sus armas y, á las órdenes de un jefe profeta y guerrero, despojan al Imperio de todo el hermoso territorio entre el Eufrates y el Mar Rojo, sin que resistan ni hombres ni soldados sino muy débilmente. Montesquieu lo ha dicho : « La fortuna de Mahoma, más que en sus armas y en su fe, debe buscarse en el horror y odio que inspiraba á los pueblos el militarismo corrompido é ilimitado de los Emperadores. La destrucción inicua de Antioquía y Tesalónica rompió las últimas ligas de los oprimidos con la patria común ».

No hay caso en la historia de patriotismo serio, heroico, sublime, en las naciones sujetas al militarismo. Los Bóeros han asombrado al mundo defen-

diendo á su patria; pero nunca estuvieron bajo el régimen militar agotante de todas las virtudes públicas. Recuérdese la conducta de todas las repúblicas italianas asoladas por el condottierismo. Todas, no una vez sino varias, piden á las bayonetas extranjeras que las salven de los condottieros. Los Papas hacían lo mismo para salvar de la anarquía y de la corrupción su poder temporal y espiritual, y llegó un momento en que el pánico de los pueblos alcanzó la locura y entonces llegaron á pedir como salvador á César Borgia. El pueblo de Urbino lo llama para que lo salve de los Montefeltri, le agradece Siena que asesine á los Baglioni, y Perusa lo aclama por haber exterminado á los Petrucci.

En la República Mexicana sometida á las leyes históricas se verificaron los mismos hechos; la población texana de origen mexicano acabó por desear la protección de las armas de los Estados Unidos. En 1839 el General Canales proclamó la independencia de la República de Río Grande, compuesta de los actuales Estados de Coahuila, Durango y Tamaulipas. Para su rebelión, Canales levantó voluntarios en Texas y en Nueva Orleans, ayudado por la marina de guerra de los texanos, y el coronel Wigginton, general de la nueva república se comprometió á levantar en los Estados Unidos, dos mil voluntarios. Más tarde, Yucatán en 1840, y princi-

palmente á causa del militarismo, proclamó su independencia y se declaró República soberana. Tabasco hizo lo mismo. En 1842, cuando el Comodoro Jones desembarca en California violando las leyes internacionales los habitantes gritan : ¡ viva Jones y muera Michelena ! el jefe militar que los había tratado con un rigor y una violencia extraordinarios. Más tarde el general Vega en Mazatlán proclamará la Confederación de los Estados del Norte, y por mucho tiempo se hablará en Jalisco de constituir la República de la Sierra Madre. Y por último, veremos que en su tránsito de Veracruz hasta la capital el archiduque Maximiliano fué espontáneamente aclamado con ardor que ni siquiera podíamos sospechar, por la raza indígena que vió en él un salvador, un vengador ó un restaurador de algo que le faltaba á esa infeliz gente.

Esta disolución con que ha sido amenazada la República de un modo serio, no se la puede atribuir á crímenes de sus habitantes. Éstos tienen, como lo he dicho, que seguir la ley histórica que es la manifestación de la ley natural contra todas las doctrinas, contra todos los ideales, contra todas las poesías, contra todos los deberes imposibles; donde hay dolor, donde la desesperación se impregna de angustia, donde se siente un soplo de caos, donde se ve un horizonte de catástrofe y donde todas las jornadas son Calvarios, no hay patria, y el general que

llame á los hombres á defenderla tendrá como Belisario que arrojar lágrimas al suelo sobre el que los esclavos no quieren verter sangre.

Sólo el patriotismo puede salvar á los pueblos de la conquista. El general Santa Anna y sus consejeros creían que el patriotismo se fabrica con decretos, con circulares, con reglamentos, con oratoria figonera, con leyes marciales. El patriotismo, como ya lo expresé, sólo lo han mostrado los pueblos que tienen tribulaciones divinizadas por una gran fe ó los que gozan de bienestar que los mantiene sanos, de justicia que los mantiene virtuosos, de libertad que los mantiene dignos, de soberanía individual que los mantiene valientes. Sin la fe de las huestes de Mahoma, sin la disciplina estricta de las huestes de Federico II, sin la pasión de gloria y el alma revolucionaria de las huestes de Napoleón I, sin la voluntad democrática de los voluntarios de los Estados Unidos, sin el orgullo liberal de los ingleses, no hay quien sepa bien combatir y mucho menos quien sepa vencer. La abyección nunca será la madre del heroísmo y el régimen pretoriano, ó sea el verdadero militarismo, es la úlcera reveladora de abyección.

Pero quien menos quiere batirse ó se bate mal, bajo el régimen pretoriano, es el ejército. Marco Aurelio reconoce que los bárbaros disciplinados son mejores soldados que los romanos de la deca-

dencia y es el primero que los introduce en las legiones imperiales. Desde entonces los bárbaros comienzan á despreciar á Roma. El Emperador Comodo enganchó veinte mil bárbaros para formar una legión fulminante y de confianza, lo que significa conciencia de la inferioridad del soldado romano pretoriano. Alejandro Severo desconfió que sus legiones pudiesen batir á los bárbaros y prefirió al frente de su ejército comprar la paz cara y en dinero efectivo. Papiano y Balbino contrataron una guardia bárbara para sus personas. Galo desconfiando de sus tropas por ser pretorianas, opta mejor por pagar tributos anuales á los godos porque hagan la paz. Diocleciano no fía, para dar batallas, más que en las armas bárbaras y desconfía de los romanos como leales y como soldados. Constantino ganó á Licinio la batalla decisiva del Monte Milvio con los bárbaros que formaban la mayoría de sus legiones. Después tomó á su servicio para tenerlos como guardias de su persona á cuarenta mil bárbaros. Las legiones que desde Diocleciano daban guarnición en la Bretaña estaban compuestas de bárbaros. Sin los Godos, los Hunos crueles, asquerosos, deformes, innumerables, hubieran arrojado los restos de población imperial de todo su suelo y hubieran acabado completamente con la civilización. Y ha quedado muy presente á los estadistas la frase de

Constancio : « Es más sensato esperar cobardía que valor en los pretorianos ».

En la continuación de este estudio histórico se verá por lo que hizo nuestro ejército, que era enteramente pretoriano; tuvieron razón de desconfiar de tal clase de ejércitos, en cuanto á pericia y valor, Galo, Papiano, Balbino, Marco Aurelio, Constantino, Constancio y Diocleciano.